

INVESTIGACIÓN

Masacre
en el
Pabellón Séptimo

Página 3



CONTRATAPA

Luis Soto,
Mi
perro (II)

Página 4




télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 113 | JUEVES 30 DE ENERO DE 2014

Tres
libros de

Poesía

En *Encantado de conocerla*, la escritora Lorena Tcach configura una suerte de pieza tragicómica sobre la vida en los institutos de español improvisados en la Argentina de 2001 para presentar una novela sobre el absurdo que sostiene "la normalidad" de las instituciones. "La ficción que intento escribir tiene que ver una indagación de un micromundo que pueda expresar el macromundo que veo, y eso, en los institutos de español, me fue servido en

bandeja; era un panóptico de un montón de situaciones que me interesaba narrar", cuenta la autora en diálogo con *Télam*. El tema central de la novela, publicada por la editorial Terseitas, "es la identidad, visto a través de muchas personas que estábamos todo el tiempo definiendo lo argentino desde lugares muy cliché, a partir de una propuesta empresarial que situó a la enseñanza del español como negocio", explica la autora.



Tres libros de poesía



→ JUAN PABLO BERTAZZA

Canciones irlandesas
Néstor Barron
62 páginas

Algunos aseguran que para entender realmente una canción hay que desentenderse de la letra, como si ese descuido asegurara un mayor alcance sensorial: si bien algunos poemas de *Canciones irlandesas* tienen relación directa con sus letras, la mayoría parecen más bien inspirados en la música misma o en el aura propia de cada canción. Lo cierto es que alguien de quien el mismísimo Bob Dylan dijo "fue el mejor cantante de baladas que escuché en mi vida" recomienda, en cierta forma, estilo libro de canciones irlandesas que, en rigor, son poemas inspirados (ligeramente basados) en canciones tradicionales.

Liam Clancy, la persona en cuestión que saluda el trabajo de Barron desde una emotiva y breve carta incluida en la primera página del libro, fue un cantante folk irlandés, el miembro más joven —y último sobreviviente— de la legendaria banda The Clancy Brothers, que grabó más de cincuenta discos, tuvo un éxito enorme y con su música desembarcó en míticos escenarios como el Carnegie Hall de Nueva York y el Royal Albert Hall de Londres.

Idea poética en sí misma —y con un gran brillo de originali-

dad—, Néstor Barron logró conjugar en este libro sus méeters de músico y poeta, algo que en rigor comenzó a hacer a los dieciséis años al formar parte del grupo MIA (Músicos Independientes Asociados) donde solía tocar con Lito y Liliana Vitale y Alberto Muñoz, entre otros. En canciones irlandesas, ya sea por asociación, semejanza, contraste o perfecta sincronía los versos (existentiales, épicos, alcohólicos, amargamente románticos) se van desprendiendo de aquellas odas a la libertad con respecto al imperalismo inglés que significan las canciones irlandesas tradicionales, entre las cuales podemos mencionar "Mary and the soldier", "Redis therose", "No Irish need apply" y "Foggy Foggy Dew". Lo notable es que, en estos poemas, los paisajes de Dublín se mezclan con menciones al Abasto, a Roma, a Parque Chacabuco, hasta conformar un mapa mundi donde Irlanda es solo (y nada menos) el disparador para exhibir el riquísimo universo poético de Barron.

El animal que agoniza ahí afuera
Paula Varela
61 páginas

El animal que agoniza ahí afuera de Paula Varela está estructurado en torno a un hiato, una enorme división que asume distintas ca-

racterísticas: el adentro y el afuera que supone el título, por supuesto, y que aparece desarrollado, precisamente, en el poema "Afuera —adentro". Pero más que una simple escisión, el título del poemario configura una especie de profundidad abismal en que las cosas se van modificando de acuerdo a la perspectiva desde la cual se las vea, porque la luz mortecina evidencia que "hay algo más en el fondo de las cosas". No es el presente, no es la realidad lo que otorga cierta esperanza, sino más bien el hecho de que una misma situación se puede modificar retrospectivamente. Con elaboración, con madurez, con el paso del tiempo, hasta convertirse en otra pero siendo exactamente la misma. De ahí, el cierre casi programático de este poema al recomendar: "sólo deberías ocuparte/ de esparrucar tus huellas, sus aromas/ cualquier indicio incuestionable/ de que vas a seguir intentándolo todo".

La misma idea aparece también en el comienzo del poema "daguerrertipo" en el que un insecto posado en la retina puede constituir, alternativamente, una idea esencial o una mancha de café, todo junto en la "alcancañilla de lo posible".

La escisión de este libro, por momentos, también puede tener un carácter más complejo, como el que el poeta le marca al otro su división entre la persona que era antes y después de conocerla a ella: "pero no me desada/ que se parezca a un "mi amor"/repetido por inercia/ ni cualquier otra co-

sa maravillosa/ que hayas podido improvisar /en tu otra vida/ antes de conocerme". Pero es interesante que esa partición no sólo afecta el ámbito humano sino que también se reproduce en el mundo animal (hay en estos poemas una mujer que se desviste con la elegancia de los jaguares, en cada hábitat natural /hay una jungla donde el tiempo plagia a los rolojes) y hasta en la noche, que se bifurca en dos caminos que indican la unión y la separación con respecto al otro.

En esa incertidumbre permanente entre cada parte de la partición (en el poema "otra" ella despierta sin miedo y sin euforia pero con el mismo asombro y vacío del viejo nacimiento), entre cada que agoniza ahí afuera encuentra una firme propuesta poética.

La luz contra el centeno
Alberto Muñoz
106 páginas

Nonble puerta de ingreso a una obra tan multifacética como interesante. La luz contra el centeno constituye una antología realizada por el poeta Javier Córceces que compendia más de diez libros de poesía de un poeta por antonomasia que se dedicó a hacer absolutamente de todo: músico, dramaturgo, guionista —incluida su intensa labor como integrante del grupo MIA. Más allá de tanta dis-

persión, incluso en los distintos segmentos de esta antología, se puede advertir una clara unidad, que tiene que ver con las mujeres: homenaje y mención ultrarexpresiva a las mujeres en todas sus posibilidades: las rubias, las morenas, las pelirrojas; las vírgenes (no sexuales, las vírgenes religiosas) y las que enamoran de una vez y para siempre con su pronta entrega, las madres, las abuelas y las desconocidas, las anónimas y las que condensan todo su ser en su nombre.

Las mujeres son la gran fuente de inspiración donde abreva la poesía de Muñoz y lo que devuelve son poemas que, en algunos casos, dialogan entre sí y, en otros casos, se trata de poemas que constituyen un diálogo entre dos formas poéticas: tal es el caso del brillante poema "Fellatio en el tren" protagonizado por una dama inolvidable que pone la boca como las "o" de la poesía latina (su boca estaba hinchada/ roja como las manzanas verdes/ tenía el tamaño de la o/ que usaban los poetas latinos/ en las exclamaciones), o la música de I've got you under my skin que fragmenta la cocción de la tortilla de papa de mamá. Pero, además de las mujeres, es notable cómo La luz contra el centeno —es decir, la poesía de Alberto Muñoz— se mueve con un equilibrio entre el humor más concreto y eficaz, y la profundidad más existencial de un poema como golf: "en el campo santo/ rueda una piedrita/ caminan los deudos/ buscando el hoyo/ común a todos".



MURIÓ JOSÉ EMILIO PACHECO A LOS 74 AÑOS

Falleció el domingo 26 de enero en la ciudad de México, así lo confirmó su hija Laura Emilia. "Con enorme pesar tengo que decirles que mi padre murió. Se fue muy tranquilo, se fue en paz, murió en la raya como él hubiera querido", dijo su hija para dar a conocer el fallecimiento de uno de los escritores mexicanos más prestigiosos, Premio Cervantes 2009, que fue internado el sábado. El presidente de México, Enrique Peña Nieto, envió sus condolencias vía *Twitter*

y despidió "a un gran representante de nuestra literatura. México extrañará al gran escritor José Emilio Pacheco. Descanse en paz". Pacheco nació en la ciudad de México el 30 de junio de 1939, estudió derecho y letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Debido a su notable trayectoria, fue distinguido por la UNAM con el Doctorado Honoris Causa por ser figura central de la poesía en español de los últimos 50 años.



JUEVES 30 DE ENERO DE 2014 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Masacre en el Pabellón Séptimo



→ LEONARDO HUEBE

El 14 de marzo de 1978, en el pabellón 7 de la Unidad Penitenciaria número 2 del barrio de Villa Devoto, murieron 65 personas (se estima que la cifra real podría ser de 145) allí encerradas a causa de las quemaduras recibidas, por asfixia, ametralladas por los guardiacárceles cuando se asomaban a los lugares de los que podrían absorber algo de oxígeno, abandonadas en algún calabozo sin ser atendidas sus heridas tras extinguirse el fuego, o, simplemente, rematadas.

Los medios de comunicación de la época denominaron a este episodio "Motín de los colchones". En 2013, la editorial Tren en movimiento publicó *Masacre en el Pabellón Séptimo*, un trabajo hecho por un equipo de investigación liderado por la abogada, magister en criminología y presidenta del Centro de Estudios en Política Criminal y Derechos Humanos (Cepoc) Claudia Cesaroni, que tiene como objetivo demostrar que aquel suceso de ninguna manera fue un motín (ya que en ningún momento los prisioneros se enfrentaron a los penitenciarios), que durante la última dictadura militar los abusos policiales sobre los presos comunes eran similares a los que sufrían los presos políticos y, que por ende, muchos de aquellos abusos deberían considerarse delitos de lesa humanidad.

Prehistoria viva

Masacre en el Pabellón Séptimo re-toma, documenta y profundiza la investigación del doctor Elías Neuman titulada *Crónica de muertes silenciadas. Villa Devoto, 14 de marzo de 1978*, editada por Bru-guerra en 1985. Neuman había sido el abogado defensor de Horacio Santaróm que sobrevivió de la masacre. Santaróm le escribió al abogado los pormenores de la man-tanza, recordando particularmente la muerte de su amigo Pablo Menta (los dos estaban en Devoto por asaltar una farmacia a ma-no armada para conseguir dro-



No está muy claro cómo empezó el fuego.

La mayoría de los testigos dicen que uno de los cartuchos de los gases quemó la goma espuma de un colchón y que el fuego se propagó en segundos. Igualmente, el tema no pasa por cómo se inició el incendio, sino que los que estaban afuera no hicieron nada para evitarlo o apagarlo.



gas). Es ese relato el que hace in-teressarse a Neuman en lo ocurrido aquel día dentro de la cárcel ya preguntarse cómo se hubiera cata-logado aquel hecho si el cerrado encendido hubiera sido el pabellón que estaba enfrente del sépti-mo de las presas políticas.

Otro de sus antecedentes es *Los derechos humanos en el sero país*, una compilación de textos realiza-dos por Daniel Barberis, expre-sa común, y publicada por Pun-tos editores en 1987. En el libro hay textos de Eugenio Zaffaroni, Juan Carlos Domínguez, Luis Frontera, Alfredo Moffatt y de la nombrado Elías Neuman. En el prólogo, Barberis no duda en de-nunciar al suceso de la masacre del séptimo como "genocidio impune".

Además, utilizan las actas tes-timoniales de noventa y siete pre-sos de aquel pabellón, las declara-ciones de quince reclusos de pa-

bellones vecinos y las exposicio-nes aprendidas de memoria de cuarenta penitenciarios, así como lo recordado por las sobrevivien-tes del pabellón de enfrente: el de las presas políticas.

En la investigación del grupo liderado por Cesaroni no quedan dudas de las mentiras del Servicio Penitenciario Federal (dependiente del Primer Cuerpo del Ejército), de la avencena de la Jus-ticia representada por el juez en lo Criminal y Correccional Federal Guillermo Rivarola (quien tras inspeccionar el lugar aseveró que no había ningún muerto de bala) y de la sumisión de los grandes medios de comunicación, afines al gobierno de facto.

Del final de El cañonero de Yang-Tsé a la muerte del Pato

La noche del 13 de diciembre de 1978, cerca de las 23:30, un guar-

dia nuevo les grita a un grupo de reclusos que apagan mirando una película que apagan el televisor. Jorge Pato Tolosa le dice que no moleste, que quieren verla hasta el final. El guardia informa a sus superiores de la situación.

Alas 02:45 de la madrugada del 14, cuatro oficiales van a buscar a Tolosa, quien se niega a salir.

Alas 08:10, una doble requisa entra golpeando con más violencia de la habitual al pabellón. Los presos se resisten tirándoles desde papas hasta ollas a los policías, quienes abandonan el lugar y cierran la reja. Desde la altura de la pasarela y desde los ventanales comienzan a lanzar gases lacrimógenos y gases vomitivos. Los reclusos traban la puerta con las ca-mas e intentan tapar con los colchones los lugares por los que les disparan, ya no sólo gases, sino también balas de plomo.

No está muy claro cómo em-pezó el fuego. La mayoría de los testigos dicen que uno de los car-tuchos de los gases quemó la goma espuma de un colchón y que el fuego se propagó en segundos. Igualmente, el tema no pasa por cómo se inició el incendio, sino que los que estaban afuera no hi-cieron nada para evitarlo o apa-garlo, ni para que los que estaban dentro salieran. Pasaron horas hasta que los guardias abrieron las puertas. Apenas salían, los reclusos eran conducidos hasta los ca-labozos, siendo golpeados duran-te todo el trayecto, fuera cual fue-re el grado de quemaduras o he-ridas que tuvieran. Hay testimo-nios que indican que muchos so-brevivientes fueron rematados, entre ellos Tolosa.

A principios de 2013, Hugo Cardozo, sobreviviente de Devoto y colaborador de Cesaroni en la investigación de lo ocurrido aquel 14 de marzo presentó ante el juez Daniel Rafecas, quien tiene a su cargo la megacausa del Primer Cuerpo del Ejército, un escrito en el que pedía la aperra-ura de una causa para querrelar a los responsables de la masacre.

La presentación está basada en las conclusiones de lo investiga-do para *Masacre en el Pabellón Séptimo*.

Aún se espera la resolución ju-dicial.

Revisión de las Rejas Argentinas | www.ahira.com.ar

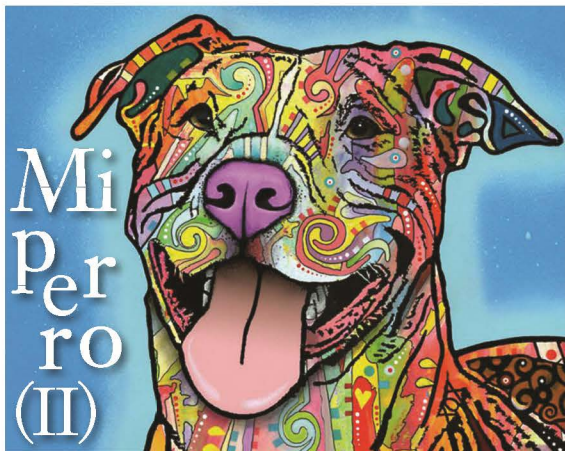
En la novela autobiográfica *Bajo una estrella cruel. Una vida en Praga (1941-1968)*, la escritora checoslovaca Heda Margolius Kovaly relata cómo los totalitarismos en Checoslovaquia moldearon su paisaje vital en un texto publicado en 1973 y recientemente traducido al español. "Si todo comienzo es duro, el comienzo de la desgracia lo es todavía más. Aún no nos hablamos acostumbrando al sonido de disparos seguido de gritos agónicos, ni a la sed insostenible ni al aire sofocante

de los abarrotados vagones de ganado", comienza esta sobreviviente, quien logró exorcizar sus recuerdos en estas líneas, publicadas por Libros del Asteroide. La deportación en masa de los judíos de Praga comenzó en 1941, Heda, fue deportada junto a su familia al gueto de Lodz en 1941 y luego a Auschwitz, donde sus padres fueron asesinados, sin embargo, cuando la llevaban al campo Bergen-Belsen, logró huir con otras prisioneras.



CONTRATAPA

➔ LUIS SOTO



Mi perro me desafió a jugar al fútbol. Siempre logra sorprenderme con algo nuevo. Con tanto partido televisado es posible que haya aprendido jugadas, toques. "A marear, ¿eh?", dijo cuando acepté. Ya nadie dice marear, pero sueña lindo. Por su personalidad debí imaginar que iba a proponer un estilo brusco de juego. Con unas alpagatas marcamos mi arco, con husos de goma, el de Paul. Arrancamos. No terminé de pisar la pelota y él se abalanzó contra mis pies. "Foul", dije. "¿Qué foul?", gritó. "No se puede jugar sin refer". "¿Por qué?". "Tiene que haber un juez". "Sabe por dónde me paso a la justicia...". "Yo no". "Está bien. Pero entonces soy yo el refer". Ahí murió la figura del juez. Es imposible discutir pacíficamente con Paul. Imponer el deporte salvaje no fue todo. "Tíremse un caño. A ver, andá...". dijo. Era una celada. Con cuatro patas y medio chueco como es, no hay pelota que pase. Al rato iba ganando 3 a 1. Paul gana. Gracias a una jugada que yo no logra bajar neutralizar. Metía la pelota entre las patas, la arrastraba hasta mi arco (como cuando avanza un scrum de rugby), al pasar la línea de las alpagatas la soltaba y se ponía a ladrar el gol. El gesto al soltarla parecía el de una gallina poniendo un huevo. Ya ceitado quise repetir la maniobra. No lo fui a buscar de frente. De un salto me acomodé de costado y de puntín saqué la pelota de la cueva. Lo tenía. Con esa fórmula me coloqué 4 a 3. "¡Último gol gana!", recurrió a una frase que no sé dónde pudo rescatar. Era inútil entrar en polémica. Volví a intentar jugarla con una variante. Cuando salté para ponerme de costado se dejó caer con las patas en alto y gritó: "penal!". "¿Qué penal?". "Penalazo, mi-amo", negoció. "Te tiraste", lo tuñé. "Míralo esta noche por tele", desafió. Para evitar la bronca me paré delante de mi arco. "Se lo atajo", pensé. Y él. "Correte que el penal se patea sin armar", le enseñé con la izquierda y ladro furiosamente festejando el gol. Se quitó la camiseta ("Fly Emirates", se la) y la agita burlándose de mí. Después enfiló hacia su habitación. Lo dejé pasary de atrás le sa-

cudí un violento voleo en el orto. "A la orden, mi-amo", dijo. Típica frase de alcahuete uruguayo.

Mi perro ronca cuando duerme en estado de vigilia lanza gases. La potencia del ronquido despierta a un rinoceronte. Los gases aterrizan a 50 metros y despiden un olor nauseabundo. Ainsancias del vecindario la base de lanzamiento es controlada por la Nasa. Tiene tal manejo del sistema gasífero que basta decir: "Tírese uno, Paul", el tipo se acomoda abriendo las patas y allí va el proyectil. Si insisto dos minutos más tarde, Paul repite el operativo. Mi perro tira gases cósmicos, de provocación, disuasivos y furibolísticos. Me interesan estos últimos. Paul domina plenamente la factura de los gases que se ejecutan con pelota parada. Cuando decido no participar en el juego él se acerca y consulta: "¿Cómo le gusta que lo tire?". No responde, entonces él, dominado por su pasión siguiente: "¿Quiere que busque el segundo palo y usted entre a cabecear detrás del defensor pensó?". Sigo hablando y él manifiesta interés. "¡Gol, el ladrado es gozoso y hasta sonríe. Síle pega mal a la pelota su mirada pasa a ser torva.

Ayer mi perro se enteró en una pelea con un dogo. Mi perro hizo guantes con amateurs, el dogo ha-

bia hecho dientes con rorwlders de la CIA. En un momento el dogo se echó sobre Paul apuntando al cogote. Olvidé que era una pelea entre perros y pude meterme entre los dos, entonces el dogo cambió de rival. Me mordió la muñeca, yo le patió los huevos. "Break", dijo el juez Fayt. De regreso a casa, cuando estaba desinfectando la herida con alcohol, se afirmó Paul y quiso lamermi mano. Lo aparté, él me preguntó por qué no le permitía ese gesto cariñoso. Opté por mentir: tengo miedo de que me arda, dije.

Ami perro le cuesta ir de cuerpo. Después de acomodarse contra el tronco de un tilo—sinodoro predilecto—, junto al bastón del barro de un Citroën 3CV, y pujar un rato largo, finalmente va. De cuerpo, claro. "No diga más que yo tuve que ir de cuerpo. Dónde sea que hago camino, yo vuelvo", me ha dicho. "De ese ir ningún hombre regresa". Le expliqué, y mesonó a fragmento de un poema de Macedonio Fernández, "¿Dónde iré, si no iré a donde me es) el tipo se calza una máscara que acopla rasgos de Boris Karloff, Klaus Kinski y Vincent Price, y ladra con ferocidad. Frente a Paul la máscara simuló sentirme intimidado. Ese poder fugaz

le hace bien. Cuando me burlé de sus amenazas patéticas y teatrales el tipo aplastó las orejas hasta rozar las patas y sollozando vencido por la realidad dijo: nunca voy a volver de cuerpo.

Hoy mi perro me desperó tironeando la sában. Lo noté alterado. "Ustedesñón, lo escuché gritar", dijo. Era cierto, había tenido un sueño confuso. Me llevé casi una hora reconstruirlo. En la primera escena que rescaté se oía la voz de Paul. "Soy un judío de miga", decía. ¿Pan negro o pan blanco?, ¿sandwich de qué?, preguntaba yo. "Pan blanco. De anchoa y mayonesa. La anchoa es muy flaquita y debe haber estado en un congelador. Tengo chuchos de frío". Extraño: Paul sabía que yo había soñado y además él era protagonista de la fábula. En el sueño, asombrado por esa identidad, yo le pedía que esperara unos minutos. Me acordaba de un bar que todavía tenía en el motorador campanas de vidrio de esas que guardan medallanas y empanadas. Ideal para un sandwich con jamón. Ya quisiera un sandwich con tres campanas que parecían monjas agachadas. Dos estaban vacías y en la otra languidecía un sandwich de pan negro. De llevar a Paul al refugio de la campana había que apostar a que no no-

taran la diferencia de miga. Ahora vuelvo, le avisaba al barman. ¡Redúzcase!, ¡redúzcase-he-dicho!, le ordenaba a Paul, él obedecía, se achataba hasta parecer una capa de panqueque con una leve joroba. Al llegar de nuevo al bote me sentaba en un taburete pegado a la barra. Pedía café y cuando el barman se paraba de espaldas frente a la máquina yo acomodaba a Paul debajo del único poblador de la campana. El barman servía el café y me ofrecía el diario. Ese no, rechazaba yo. ¿Una hamburga completa!, gritaba el mozo. En cuanto el barman había entrado a la cocina, Paul empezaba a hacer señas. Yo levantaba apenas el borde de la campana. "No soporto tanto calor. El de arriba está lleno de roqueto y el queso tiene olor a rancio. Sígueme de aquí", reclamaba. Quiero el de pan blanco, para llevar, le decía yo al barman. "Lo tengo reservado". ¿El de anchoa y mayonesa? "Ese, sí. Un cliente viene todos los días a esta hora, toma un Campari y se manda el de anchoa. ¿Cuánto vale?, me oía decir. "Son 12". Le pago 20. En eso llegaba el del Campari y saludaba con la boca generosamente abierta. Le faltaban cuatro dientes de la platea y tres del pullman. La mirada de Paul se hundía horrorizada en ese abismo. Sus fauces empezaban a supurar una baba pastosa. "En lugar del sandwich hoy quisiera unas aceitunas...", cambiaba el del Campari ante el brote de espuma. Yo preparaba un billete de 10 y uno de 2. De pronto el hocio de mi perro asomaba por un borde de la capa del panqueque. El barman me miraba: "¿Le envuelvo el sandwich de anchoa o el hordog?", decía. Era absurdo razonar. Todo, cerraba yo. "Son 32 pesos?". ¿Y si también le ve la campana? El barman televataba la calculadora. "Deme 100". Yo pagaba y a otra cosa. Cuando terminé de contar esta versión del sueño—redondeada a cuchillo—mi perro se sentó: "Un día usted me va a comer, a la portuguesa y en un momento".

Esta mañana encontré a mi perro muerto. Mi mujer puso veleno para ratas entre las costillas del pechito. Ahora está encerrada con la llave en el baño. El bidet hace de silenciador.